

E

Editorial

La fragilidad de los servicios críticos

Nuestro país y nuestra región norte, en particular, están muy expuestos a desastres naturales y hasta hoy no tenemos claro qué plan se desarrolla.

El reciente corte energético que afectó a todo el país la semana pasada dejó en evidencia la vulnerabilidad de los servicios esenciales en Antofagasta. Más allá de la falta de electricidad, la intermitencia energética impactó directamente en el suministro de agua, debido a la dependencia de la desaladora, lo que generó preocupación en la comunidad.

Jorge Van Den Bosch, director del Centro de Catástrofes de la Universidad de Antofagasta, explica que las fallas en estos servicios pueden deberse a factores antropogénicos o naturales. En ambos casos, es clave que las autoridades y empresas comprendan los efectos de estos eventos y actúen en consecuencia. La falta de planificación adecuada y de diagnóstico preciso puede generar un efecto dominó que afecte gravemente la vida cotidiana de la población.

El problema radica en la ausencia de respaldo energético para los servicios básicos de la comunidad. Van Den Bosch señala que, mientras la industria minera cuenta con sistemas de apoyo debido al impacto económico que una falla podría generar, la infraestructura urbana no tiene las mismas garantías. La pregunta es evidente: ¿por qué se prioriza el respaldo energético para la minería y no para las ciudades? La respuesta parece estar en la percepción de que los daños a la comunidad son “colaterales y menores”, lo que deja en una situación de precariedad a miles de habitantes.

A esto se suma la falta de preparación ante eventos naturales. No solo la energía y el agua pueden verse afectadas, sino toda la infraestructura crítica. Es imperativo repensar la ubicación de respaldos energéticos y estratégicos, asegurando que no estén en zonas de riesgo, como ocurre con algunas plantas desaladoras cercanas al mar, que podrían quedar inutilizadas ante un tsunami.

El corte energético de la semana pasada debe servir como una advertencia. No podemos seguir confiando en soluciones momentáneas cuando lo que está en juego es la estabilidad y seguridad de la población. La planificación y la inversión en infraestructura resiliente no pueden seguir siendo postergadas. De lo contrario, cada nuevo evento de este tipo seguirá exponiendo nuestra fragilidad.